

## MODELO DE EXAMEN DE SELECTIVIDAD RESUELTO: DESCARTES

**Texto:** “Posteriormente, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía fingir que carecía de cuerpo, así como que no había mundo o lugar alguno en el que me encontrase, pero que, por ello, no podía fingir que yo no era, sino que por el contrario, sólo a partir de que pensaba dudar acerca de la verdad de otras cosas, se seguía muy evidente y ciertamente que yo era (...) llegué a conocer a partir de todo ello que era una sustancia cuya esencia o naturaleza no reside sino en pensar y que tal sustancia, para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. De suerte que este yo, es decir, el alma, en virtud de la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, no dejaría de ser todo lo que es”.

R. Descartes, Discurso del Método, IV Parte.

### Cuestiones:

1ª/ Describe el contexto cultural y filosófico del texto.  
(1,50 puntos)

2ª/ Identifica y explica las ideas contenidas en el texto.  
(2 puntos)

3ª/ Justifica las ideas del texto desde la posición filosófica del autor del texto.  
(2,50 puntos)

4ª/ Relaciona el tema o el autor del texto con una posición filosófica de la época contemporánea.  
(2 puntos)

5ª/ Valore de manera razonada la actualidad de las ideas contenidas en el texto o del pensamiento del autor.  
(1 punto)

6ª/ Complete los espacios en blanco de las siguientes frases con la palabra o expresión correcta (1 punto):

La filosofía de Platón, siguiendo a su maestro ....., pretende ser una reacción frente al ..... y ..... de los sofistas. Por ello, Platón rechaza el valor de los sentidos como criterio para establecer la verdad y basa en la ..... su explicación sobre la realidad.

## RESPUESTAS

### 1ª/ Contexto cultural y filosófico del texto.

La figura de Descartes (1596- 1650) representa ejemplarmente el ambiente que se vivía en el siglo XVII. Tras las grandes esperanzas del Renacimiento, siguió una etapa de crisis. El siglo XVII fue muy inquieto en su búsqueda de soluciones a los problemas y el estado de ánimo encontró su expresión en el Barroco.

Aunque los europeos del siglo XVII siguen creyendo en Dios, la certidumbre intelectual de su fe se ha desvanecido y el clero ha perdido gran parte de su poder. Los intelectuales de la época se enfrentan a una seria crisis: la nueva ciencia ha provocado la caída de la imagen aristotélica del mundo, la Teología tampoco es capaz de unificar sus criterios y la Biblia deja de ser una enciclopedia de las ciencias.

En resumen, la crisis generalizada supone la ruptura de la unidad de Europa, que pasa a ser un continente dividido y en guerra permanente. Por ello, en el Barroco predomina una actitud pesimista: el hombre percibe la realidad y su vida como movimiento, mudanza y fugacidad. El tiempo pasa a convertirse en una obsesión, todo es contingente y azaroso, no parece haber en el mundo humano ningún tipo de orden. Todo es percibido como apariencia y la esencia de las cosas parece permanecer oculta. Así, la búsqueda de Descartes de la certeza en medio de las dudas y de los engaños no parece una mera actitud retórica, más bien parece constituir la máscara que adopta Descartes para desenmascarar las contradicciones de su tiempo

El apogeo de la literatura, y en especial del teatro, también parece ser un claro síntoma de esa actitud del hombre barroco por disimular sus auténticos sentimientos e inquietudes: frente al reconocimiento del miedo, la hipérbole; frente a la vida, el sueño (piénsese en los casos de Calderón y Shakespeare).

**Filosóficamente** hablando, el cartesianismo es un intento de solución a la crisis creada por la nueva ciencia y el hundimiento de la Escolástica.. La filosofía “oficial” de la época seguía siendo la Escolástica medieval; pero estaba claro que esa filosofía dogmática y que rechazaba la crítica no podía satisfacer la inquietud de los intelectuales de la época, marcados por las novedades que había traído el Renacimiento y, sobre todo, el nuevo enfoque de la ciencia, representando por personajes de la talla de Copérnico y Galileo, que revolucionaron la manera de entender no sólo el mundo, sino también el Universo. La relación de Descartes con la Escolástica es ciertamente ambigua: toma de ella alguno de sus conceptos claves (por ejemplo, las nociones de Dios y de sustancia), pero, al mismo tiempo, reniega firmemente de la validez de sus métodos.

En Francia la figura de **Montaigne** representa la revitalización del escepticismo antiguo. Este autor, tan hijo de su época como Descartes, concluye, ante las contradicciones en el campo del conocimiento y de la religión, que no nos es posible conocer la verdad y que, por tanto, debemos atenernos a la duda. La filosofía de Descartes se constituirá en franca oposición a esta postura e, incluso, el recurso a la duda por parte de Descartes no representa sino el mismo intento de combatirla y desarmarla en su propia raíz.

En el campo de la física, destaca la figura de **Gassendi**, revitalizador a su vez del antiguo atomismo griego. Para Gassendi, la naturaleza se compone de átomos y, por tanto, no hay en ella ninguna necesidad, siendo la materia finitamente divisible. Frente a estas tesis, Descartes planteará un modelo de naturaleza mecanicista, en el que todo es explicado recurriendo sólo a la materia y a su carácter extenso, siendo ésta infinitamente divisible.

Pero la influencia más constructiva que se aprecia en Descartes es la de la **nueva ciencia**, es decir, aquella que se ha ido configurando en torno a la revolución en el campo de la astronomía y que se fue extrapolando a otros ámbitos del saber. Especialmente interesantes resultan en este contexto las reflexiones sobre el método de autores como Bacon y Galileo, de las que Descartes parte para formular el suyo propio. Y en este método cartesiano también podemos apreciar la gran influencia ejercida en él del método geométrico: para Descartes, esa combinación de la intuición y la deducción suponen hasta ese momento el mejor exponente del buen uso de la razón y, a partir de aquí, Descartes se preocupó por dotar a otros campos del conocimiento de ese mismo rigor en el proceso de razonamiento.

La importancia de Descartes consiste, además, en que él inicia la corriente del **racionalismo**, caracterizada básicamente por la afirmación de la existencia de ideas innatas y por concebir a la razón de modo autónomo, es decir, como un instrumento capaz de conocer toda la estructura de la realidad partiendo desde sus propios fundamentos.

En definitiva, con Descartes se inicia la filosofía moderna, al poner en duda los cimientos de la filosofía medieval e inaugurar un nuevo camino que será proseguido por filósofos como Spinoza, Leibniz, Locke, Hume y Kant. Descartes es el último pensador medieval a la vez que el primer pensador moderno; y es precisamente esta ambigüedad la que va a caracterizar gran parte de la herencia cartesiana.

## **2ª/ Exposición de la temática planteada en el texto.**

El fragmento que comentamos pertenece a la IV Parte del Discurso del Método, en la cual Descartes nos narra cómo, tras la aplicación de la duda metódica, halló una primera verdad indubitable, el *cogito*, las características de esta verdad y la existencia de otras verdades, deducidas de esta primera: Dios y el mundo.

El tema que se expone en este fragmento del Discurso del Método es la afirmación cartesiana del carácter sustancial del alma, la cual es independiente del cuerpo y más fácilmente cognoscible que éste. Esta sustancia aparece caracterizada con el atributo del pensamiento y es radicalmente distinta del cuerpo donde “parece” hallarse.

El fragmento que comentamos aparece, dentro del orden expositivo de esta IV parte del Discurso del Método, justo después del hallazgo por parte de Descartes del *cogito*, es decir, después del establecimiento de la conexión entre pensamiento y existencia, que ha sido constatada por medio de la intuición intelectual tras la aplicación rigurosa del primer precepto del método cartesiano: la evidencia. En relación con esta primera exigencia metódica, Descartes había aplicado un proceso de duda sobre todos aquellos fundamentos de la verdad admitidos hasta ese momento de un modo acríptico y el resultado había consistido precisamente en el hallazgo de esa primera verdad evidente: el *cogito*, cuya existencia se establece con total certeza.

Entre estas afirmaciones cartesianas, como ya hemos sugerido al principio de nuestra respuesta, este fragmento supone el tránsito de la afirmación indudable de la existencia del *cogito* a un análisis de su naturaleza o esencia, es decir, una vez establecida la existencia de un sujeto pensante, es necesario establecer, a su vez, en qué consiste esa actividad pensante. Por ello, podemos analizar este fragmento de acuerdo con la siguiente secuencia argumentativa:

- 1) es verosímil “fingir” la no existencia de ningún elemento material: ni cuerpo ni mundo o lugar alguno.
- 2) no se puede dudar o fingir que el yo no sea algo o no exista, pues, precisamente, la duda acerca de la verdad de las cosas materiales refuerza aún más la evidencia de la existencia de un yo no material.
- 3) si se deja de pensar, no se puede certificar la existencia del yo.
- 4) el yo existe como una sustancia cuya esencia radica en el pensamiento y es independiente de cualquier elemento material.
- 5) el alma, como sustancia pensante o yo, es enteramente distinta del cuerpo, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, no dejaría de ser todo lo que es.

### **3ª/ Justificación de la temática planteada en el texto desde la posición filosófica del autor del texto.**

En el proyecto filosófico de Descartes, la cuestión del método, la teoría del conocimiento y la metafísica están íntimamente entrelazadas. La idea fundamental de la unidad del saber humano, que Descartes, además, se representa bajo la forma seguida y concatenada de la geometría, es la que permite reunir todos estos elementos.

El punto de partida de este proyecto filosófico no es otro que el de la duda metódica, pues sobre ella va a intentar Descartes fundar una concepción de las relaciones entre la razón y la realidad, un nuevo sistema filosófico que supusiera una alternativa tanto al sistema aristotélico como a la filosofía escolástica, deudora ella misma de gran parte de los fundamentos establecidos por Aristóteles.

Además, la duda cartesiana refleja la situación real e histórica de su tiempo: el hombre parece haber perdido sus convicciones y no sabe a qué atenerse, no posee una verdad cierta que se halle a cubierto de la duda. Pero necesita encontrarla. ¿Cómo encontrarla?

La duda cartesiana no es una muestra más del escepticismo, sino que, por el contrario, es la expresión de una actitud de cautela y desconfianza que requiere la búsqueda de una evidencia indestructible que supere cualquier atisbo de duda y, en segundo lugar, supone un método de investigación positiva, puesto que, aquella afirmación que logre salir victoriosa de los ataques de una duda metódica llevada hasta sus últimas consecuencias, será la verdad cierta buscada y podrá servir de fundamento sólido para descubrir otras verdades. Así, en el fragmento que comentamos y en sus primeras líneas, cuando Descartes afirma que podía “fingir que carecía de cuerpo” nos está precisamente mostrando la extensión de esa duda, con carácter hipotético, a aquello que no parece ofrecer ningún tipo de certeza: el cuerpo y el mundo en el que éste se encuentra.

Con este proceso de duda metódica, Descartes no pretende que se dude de ningún conocimiento en particular, sino que aparezcan como dudosos los principios sobre los que parecen asentarse nuestras certezas. Por lo cual, los motivos de duda expuestos por Descartes (el testimonio engañoso de los sentidos, la dificultad para distinguir la vigilia del sueño y la hipótesis del “genio maligno”) no hacen sino insistir en ese carácter problemático e incierto que adquiere la realidad a la hora de plantearnos su efectivo conocimiento.

Pero el planteamiento mismo de una duda absoluta requiere también una certeza absoluta: el genio maligno me puede engañar en todo menos en una cosa, en que yo tengo que existir para ser engañado. La primera certeza, pues, inasequible a la duda, es la de mi propia existencia como cosa pensante: *cogito ergo sum*. Estamos ya ante una verdad indubitante, a partir de la cual se va a construir todo el edificio de nuestro conocimiento, ya hay una realidad firme (“primer principio de la filosofía” lo llama Descartes) sobre la cual la razón humana puede ir deduciendo más verdades con el mismo carácter indubitante.

La duda ha desembocado en la evidencia de la realidad del pensamiento. El contenido inmediato del *cogito* es la realidad existencial del sujeto pensante: la duda puede afectar a todos los contenidos del pensamiento, pero no puede afectar al yo donde esos contenidos están. Intuimos la existencia de un yo cuya esencia es ser pensamiento: “sólo a partir de que pensaba dudar acerca de la verdad de otras cosas, se seguía muy evidente y ciertamente que yo era”, “llegué a conocer a partir de todo ello que era una sustancia cuya esencia o naturaleza no reside sino en pensar”, nos dice Descartes en este fragmento que comentamos. En suma, la intuición de la esencia del yo es, en el planteamiento de Descartes, posterior a la intuición de su efectiva existencia, y resultado de la reflexión sobre ella. Todo nuestro fragmento supone un claro ejemplo de lo que estamos afirmando; desde el momento en el que Descartes afirma “posteriormente, examinando con atención lo que yo era” se está situando en el marco de la reflexión que el propio sujeto existente realiza sobre sí mismo, sobre el carácter de su existencia.

De todo lo que se había pensando antes que era el yo (cuerpo, alma, etc.) sólo nos queda, después de la duda, el pensamiento: el yo es *res cogitans*, sustancia pensante. Además, para Descartes, este conocimiento es infalible por ser resultado de una intuición intelectual, es decir, es un conocimiento inmediato, no es el resultado de ningún proceso de elaboración. Pero de la certidumbre del yo hay que transitar a otras certidumbres, pues, de lo contrario, tendríamos la paradoja de un ser existente como puro pensamiento, pero pensamiento cuya única evidencia es el ser pensamiento. Éste es uno de los momentos más delicados del camino emprendido por Descartes, pues, al haber fundado el conocimiento en el sujeto pensante, todo lo que es objeto de pensamiento queda en entredicho, es decir, no tenemos certeza de que lo que pensamos sea o no cierto, sólo la tenemos de que estamos pensando (solipsismo).

La cuestión de la sustancia, por otra parte, es una de las más controvertidas de la filosofía cartesiana. Su concepción de la sustancia como aquello que está dotado de una absoluta independencia ontológica le condujo desde una interpretación rigurosa de tal definición, y por lo tanto a la afirmación de Dios como sustancia plena, a una interpretación más amplia, y por lo tanto a la afirmación de otras dos sustancias más: el pensamiento y la extensión. Ahora bien, al afirmar esto último, se plantea el problema de sus respectivas naturalezas y de sus posibles relaciones.

Sobre la *res cogitans*, las últimas líneas de nuestro fragmento nos indican claramente la dificultad para explicar su relación con el cuerpo. Descartes separa al alma del cuerpo de una manera radical, considerándolas pues sustancias autónomas y autosuficientes. A la primera sólo le corresponde pensar y, como el cuerpo tiene como atributo la extensión, sólo puede ser modificado por la figura y el movimiento. El cuerpo se reduce así a una “máquina” regida por unas leyes físicas, a un puro mecanismo semejante a un reloj.

La autonomía e independencia entre el alma y el cuerpo se ponen de manifiesto por la claridad y distinción con que el entendimiento percibe esa distinción. Pero Descartes ha establecido una separación tan radical entre ambas sustancias que, cuando quiera explicar al ser humano como unión de alma y cuerpo, tendrá serios problemas. Desde el punto de vista fisiológico, aunque el alma esté unida, según él, a todo el cuerpo, sólo lo está de manera inmediata a la glándula pineal. Después afirma que, en el caso del ser humano, el cuerpo y el alma son sustancias que quedan incompletas si no se reúnen. Pero falta por explicar lo más importante: la posibilidad misma de la acción recíproca entre alma y cuerpo. Para ello acude a la existencia de un pensamiento imaginativo que prueba la colaboración del alma y del cuerpo, ya que las imágenes que pensamos proceden de las sensaciones obtenidas por los órganos de los sentidos. Por último, acude a la existencia de las pasiones, que ponen de relieve la tensión o lucha entre la parte inferior del alma y la parte superior del alma, entre los apetitos ligados a nuestra naturaleza corporal y la razón/ voluntad.

#### **4ª/ Relación de la temática expuesta en el texto con otra posición filosófica.**

La filosofía de Ortega se construye, en parte, frente al modelo de razón propuesto por el racionalismo de Descartes. Y lo hace en dos frentes: en su oposición a la importancia concedida por Descartes al sujeto del conocimiento y en su oposición a la sobrevaloración cartesiana de la razón frente a la vida; de estas oposiciones y de las que también desarrolla Ortega a otras posturas filosóficas, surgirán sus doctrinas perspectivística y raciovitalista.

Así, en primer lugar, Ortega, considerando las líneas esenciales de la historia de la filosofía, considera que ésta ha transcurrido por dos etapas, que surgen como respuestas diferentes ante la relación entre razón y ser, entre lo subjetivo y lo objetivo: realismo e idealismo.

La postura realista es la perspectiva general que la filosofía adopta desde sus orígenes, en la Grecia del siglo VI a.C., hasta el Renacimiento europeo. En términos generales, consiste en conceder primacía, independencia y capacidad de imposición a las cosas sobre el hombre, es decir, el realismo es una filosofía que se construye exclusivamente en torno a las cosas.

Por el contrario, la postura idealista (que es impulsada de modo ejemplar por Descartes) es la nueva actitud vital y filosófica que transcurre desde el Renacimiento hasta el siglo XX. Surgió en su momento como una crítica y superación del realismo; así, frente a la primacía que el realismo le otorga a las cosas, para el idealismo será la razón, el sujeto humano (el cogito de Descartes), quien protagonice la relación hombre-mundo. Es decir, el idealismo es una filosofía que se construye exclusivamente en torno al sujeto.

Frente a este antagonismo, para Ortega lo auténticamente real es el yo y las cosas, un yo permanentemente referido a las cosas, actuando con y sobre ellas, preocupado por ellas, pensando en ellas. Además, las cosas no son algo ajeno al hombre, al yo, sino que forman parte de su vida, como obstáculos o circunstancias que nos favorecen o nos suponen trabas, gratificándonos o haciéndonos sufrir. Ese encuentro, relación y trato entre el yo y las cosas es lo que Ortega entiende por “vida”. Lo auténticamente real es el yo y las cosas, constituyentes inseparables de la vida. Por ello, la vida es la realidad radical, es el “absoluto conocimiento” y todo se encuentra referido a ella para poder tener sentido. Sólo desde esta realidad básica, de la que brotan todas las cosas que nos pasan, se puede entender al ser humano y al mundo en el que vive.

Pero el racionalismo cartesiano, verdadero iniciador del subjetivismo, disuelve el mundo exterior a favor del yo, de la “sustancia pensante”. Para Ortega, no puede existir el yo sin las cosas, sin mundo. No puedo hablar de las cosas sin el yo, pero tampoco puedo hablar de un yo sin las cosas. Así pues, la realidad radical, la verdad básica sobre la que se ha de construir la reflexión filosófica, no puede ser por más tiempo el cogito hermético de Descartes, el pensamiento aislado, sino el pensamiento con las cosas, el yo viviendo con las cosas, es decir, la vida, mi vida. Por ello, el idealismo cartesiano es una filosofía que “va contra la vida”. Para Ortega, la vida es un continuo intercambio entre el yo y la circunstancia, un intercambio dirigido por la razón, hasta el punto de que,

para Ortega, vivir es razonar.

Ahora bien, este razonar necesita una previa toma de contacto con la realidad en la que nos encontramos: en esto consiste la perspectiva. Pero, como la vida también es circunstancia, la vida supone un punto de vista sobre el Universo. La circunstancia, lo que está a mi alrededor, hace posible mi vida y, por ello mismo, constituye la perspectiva concreta desde la que se me muestra la verdad de las cosas. Ortega plantea su concepción de la perspectiva como el único modo válido de superar el dilema que, sobre la verdad, habían desarrollado tanto el dogmatismo racionalista de Descartes como el escepticismo. Ello supone la aportación, por parte de Ortega, de una nueva concepción de la verdad, que supone una síntesis superadora de las dos concepciones antes mencionadas.

En efecto, para Ortega, ni es válida la postura del racionalista dogmático, para el que la verdad es una, la suya, y pretende imponerla a los demás; ni tampoco es válida la del escéptico, que, ante la variedad de opiniones, concluye que no hay ninguna verdad. En este punto, la posición correcta es otra: la verdad tiene muchas caras, y dependiendo de la perspectiva desde la que miremos, nos ofrecerá aspectos distintos; de ahí que Ortega afirme que “la sola perspectiva falsa es la que pretende ser la única”. Dicho de otro modo, lo falso es la utopía, la verdad no localizada, vista desde “lugar ninguno”. Y éste es el principal error que comete Descartes en su concepción de la verdad, “error inveterado” lo llama Ortega, el ignorar el carácter plural y histórico de la verdad, la cual no puede ser ajena a la perspectiva vital e histórica desde la que se la concibe. En definitiva, para Ortega, no podemos adoptar, como hizo Descartes, un criterio de verdad abstracto como el de la evidencia, pues la verdad no se construye desde la razón lógico- matemática, sino desde una razón vital.

Por otro lado, Ortega también se opone a la concepción de la razón presente en Descartes. Así, el raciovitalismo, que supone la madurez filosófica de Ortega al suponer una evolución y concreción de su doctrina perspectivística, supone una reflexión sobre las perspectivas radicales en las que el ser humano está situado: la perspectiva de la razón y la de la vida. Ortega se propone, a través del concepto de “razón vital”, superar la dicotomía a la que se había llegado al concebir la razón como fundamento de la verdad, del conocimiento, de la objetividad, frente a la vida, que representaría lo particular, lo mutable, lo irracional, el deseo, la pasión. Para Ortega, razón y vida, no es que sean irreconciliables, sino que, al contrario, son inseparables.

En definitiva, el planteamiento de Ortega, frente al de Descartes, busca un nuevo fundamento para la reflexión filosófica. La filosofía, si quiere ser auténtica guía de la vida, no puede construirse más tomando como referencia una razón abstracta, que tome como modelo el saber matemático; ha de hacerse desde la propia vida e historia humanas, y ése era, precisamente, el tema de su tiempo, a juicio de Ortega.



### 5ª/ Valoración:

El Discurso propone un método y un criterio de verdad que son herederos de las matemáticas y de esta forma todas las ciencias conseguirán una certeza semejante. La matematización es una característica que desde entonces ha impregnado casi todos los ámbitos de la ciencia occidental. El conocimiento de las cosas se consigue cuantificándolas, es decir, reduciéndolas a magnitudes y hallando luego las relaciones entre esas cantidades. El desarrollo de las ciencias sociales y humanas (sociología, economía, psicología, etc.) también se explica como consecuencia de la nueva visión del ser humano que vino con el cartesianismo. Tanto es así que ni siquiera ellas, a pesar de llamarse “humanas”, han podido sustraerse a la matematización, que se ha convertido en un instrumento necesario en sus investigaciones.

Pero la matematización por sí sola no hubiera propiciado el desarrollo científico si no hubiera ido acompañada por la autonomía de la razón. Sólo una razón independiente de la religión puede llegar a la verdad. Descartes se convierte así en una referencia básica del proceso de laicidad. No obstante, la fe sigue presionando para mantenerse como criterio de verdad, como vemos en el intento del creacionismo estadounidense por eliminar las enseñanzas del evolucionismo en las escuelas, o en las críticas del Vaticano a las investigaciones genéticas. Esta separación entre razón y fe ha contribuido también a la aparición de posiciones ateas o agnósticas. Es evidente que el pensador francés no es ni una cosa ni otra, y que estas ideas no estaban presentes en su proyecto, ya que la razón llega a la certeza de Dios. Pero la modernidad ha perdido el optimismo racionalista y el hombre contemporáneo ya no cree poseer una razón tan poderosa como para afirmar de modo claro y distinto la existencia de Dios, es decir, el racionalismo optimista ha desembocado en un racionalismo agnóstico.

Con respecto al problema mente-cuerpo, la herencia cartesiana es bien clara ya que es una de las cuestiones más debatidas en la filosofía contemporánea. Las posiciones dualistas han suavizado sus compromisos metafísicos; de hecho es difícil encontrar hoy día algún defensor del dualismo clásico o dualismo de sustancias. Sí existen, sin embargo, otras formas de dualismo que pretenden ser compatibles con los postulados de las ciencias físicas y con las neurociencias. Estas nuevas formas de dualismo se conocen como “dualismo de propiedades”. Lo que se sostiene en este caso es que, aunque no existe más sustancia que la material, y la actividad mental se realiza en el cerebro, sí existen propiedades distintas.

En el planteamiento cartesiano la primera certeza que encontró fue la de su propia existencia: sé que existo porque se trata de una afirmación de la que es imposible dudar. Pero esa existencia, tal y como él la concibe, es muy distinta de lo que habitualmente entendemos por “yo”. Descartes ha dejado fuera nada más que al cuerpo, con todos sus deseos, exigencias y servidumbres. Para él, el “yo” es puro pensamiento, “una cosa cuya esencia o naturaleza no consiste sino en pensar”, como se nos decía en el texto que hemos comentado. Y sobre esta base construyó todo el resto de su sistema filosófico.

Así pues, dada esta base, el mundo filosófico de Descartes será un mundo de pura razón. Su concepto de hombre, por ejemplo, va a consistir en un ser partido en dos: un alma pensante y un cuerpo consistente en pura materia inerte. Quizás este mundo cartesiano resulte poco atractivo para nosotros; como todo mundo matemático, resulta inhabitable y frío. Echamos de menos en él la valoración de lo corporal, la riqueza del conocimiento sensible, la complejidad de la vida afectiva.

Por otra parte, el mérito de Descartes consistió en explorar a fondo y de manera coherente una de las dimensiones del hombre (el uso teórico de su razón) llevando hasta sus últimas consecuencias esa investigación. Al hacerlo tuvo que romper audazmente con una larga tradición y, quizás sin saberlo, iniciar una línea de pensamiento que fue decisiva en la construcción de la Europa moderna: por primera vez, el sujeto individual se afirma como el juez que va a decidir acerca de la verdad o falsedad de la realidad que le rodea. En adelante, el individuo será el protagonista del mundo y no sólo un mero y pasivo espectador. La sociedad contemporánea no ha hecho otra cosa que llevar también hasta sus últimas consecuencias este giro individualista iniciado por Descartes.

Por último, la invocación cartesiana a la necesidad de “dudar al menos una vez en la vida de todo” sigue constituyendo un excelente ejercicio de reflexión crítica ante todo tipo de prejuicios y verdades oficiales, pues sólo nuestra razón y la de otros puede ayudarnos a no acomodarnos en las creencias establecidas, sólo así los enemigos de la razón ( adivinos y echadores de cartas, profetas de diversa índole, defensores de una única verdad, etc. ) pueden ser desenmascarados como mercaderes de la confusión. Y es que la razón humana no es ni debe ser nunca omnipotente, está claramente limitada, pero es el mejor instrumento con el que contamos para vivir.

#### **6ª/ Términos y expresiones correctas:**

- 6.1. Sócrates.
- 6.2. Relativismo/escepticismo.
- 6.3. Relativismo/escepticismo.
- 6.4. Razón.